

## La luz de la moda

Pedro Mansilla Viedma

Comisario de la Exposición

*Lo bello está hecho de un elemento eterno, invariable, cuya cantidad es excesivamente difícil de determinar, y de un elemento relativo, circunstancial, que será, si se quiere, alternativamente o al mismo tiempo, la época, la moda, la moral, la pasión. Sin este segundo elemento, que es como la envoltura divertida, centelleante, aperitiva, del dulce divino, el primer elemento sería indigestible, inapreciable, inadecuado e inapropiado a la naturaleza humana. Desafío a que se descubra una muestra cualquiera de belleza que no contenga estos dos elementos.*

**Charles Baudelaire**

*"Lo bello, la moda y la felicidad"*

*Si me fuese dado elegir en el fárrago de libros publicados cien años después de mi muerte, ¿sabe usted lo que corregiría? Sencillamente un periódico de moda, para ver como irán vestidas las mujeres un siglo después de haber yo muerto. Y esos trapos me dirían mucho más acerca de la Humanidad futura que todos los filósofos, novelistas, sabios y predicadores.*

**Anatole France**

*Si se conoce demasiado un estilo, la interpretación no lleva ya a una elaboración, por lo que dicho estilo resultará estéticamente menos satisfactorio. Es interesante que un estilo ya superado pueda retornar al cabo de unos años o decenios: pensemos, por ejemplo, en la moda.*

**Martin Schuster y Horst Beisl**

*"Psicología del arte"*

No es el objeto sino el sujeto, es decir, la mirada, no por desprecio de lo objetivo, si no por saturación de ello, lo único que hoy resulta interesante, lo único que hoy nos interesa. Sin discutir la calidad del "objeto", quiero insistir en la del "sujeto", porque (robándole a Baudelaire una proverbial manera de decirlo) eso me parece lo

“moderno”. Para mirar se necesita, o un interés, o una provocación. El interés exige previo conocimiento, tiende por rigurosa deformación a ser elitista. La provocación puede no ser elitista, pero puede incluir también el interés de quien lo es, sumándolo al interés de esas apreciadas “masas” que hoy quieren refrendar democráticamente todo. Resumiendo, me acerco a un objeto de diseño, de arte (de acuerdo con ustedes que no siempre lo es, pero también estarán de acuerdo conmigo, que otras muchas veces sí lo es), con unas connotaciones culturales tan indiscutibles como los dos conceptos que le preceden, en “estado puro”, (el diseño y el arte) en mi enumeración... Si. hago una exposición de “vestidos” en un templo indiscutible del arte (pongo por ejemplo el Museo del Prado), y me propongo rellenarla de reyes, de cortesanas, de artistas autorretratados, o de personajes mitológicos, vestidos naturalmente de su época (qué rayos querrá decir “naturalmente” a estas alturas de la crítica de arte), todo el mundo se escandalizará..., pero no lo podrá hacer si los vestidos están representados por cuadros (¿o habría que decir “en” cuadros?) de Rogier van der Weyden, de Boticelli, de Moroni, de Cranach, de Rubens, de Anton Van Dyck, de Velázquez, de Dosso Dossi. (especialmente su “alegoría de la fortuna” en el. J. Paul Getty Museum), de Guido Reni, de Zurbarán, de Nicolás Poussin, de Jean-Étienne Liotard, de Thomas de Gainsborough, de Jacques-Louis David, de Goya, de Edgar Degas o de Sargent, (porque entonces ya no importa lo que sea aquello que “esta representado”). Incluso Velázquez será más valioso, cuanto más raro sea... ¿Se imaginan el descubrimiento de un Velázquez que fuese (como precediendo a su admirador Manet) una mosca sobre el ojo de un muerto?. Si el soporte lo dignifica (óleo sobre lienzo, mármol. de Carrara, bronce, hierro), el arte esta dispuesto a aceptar las ratas de Valdés Leal, las decapitaciones de Caravaggio, las prostitutas de Toulouse-Lautrec, las “guarradas pornográficas” de Picasso, los “orígenes del mundo” de Courbet, las escenas sórdidas de Egon Schiele, los esqueletos sacrilegios de Paul Delvaux, los coquetos falos de Louise Bourgeois... La misma paradoja nos suscitaría que les propusiese una exposición de vestidos fotografiados para un templo indiscutible del Arte Contemporáneo (pongo por ejemplo el MOMA), excepto si ya les advierto que esos vestidos están fotografiados por Eddie Adams. Richard Avedon, Cartier-Bresson, Cecil Beaton, Brassai, Robert Capa, Patrick Demarchelier, Robert Doisneau, Arthur Elgor, Walker Evans, Robert Frank, José Manuel Farrater, Gisèle

Freud, Alberto García-Alix, Horst, William Klein, Jacques-Henri Lartigue, Peter Limberg, Steven Meisel, Helmut Newton, Alfonso Onur, Ouka Lele, Irving Penn, Man Ray, Eugenio Recuenco, Paolo Roberse, Herbert Ritts, Sebastiao Salgado, Jeanloup Sieff, Eduard Steichen, Alfred Stieglitz, Mario Testino, Ellen von Unwerth o Javier Vallhonrat. Tenemos la excepcional posibilidad, porque nadie lo ha usado antes, hecha la importante excepción de Balenciaga, o de Yves Saint Laurent, en el *Metropolitan Museum* de Nueva York (por no hablar de la de Chanel en estos mismos días), de coger un Museo de Arte Contemporáneo y hacer una exposición de "trajes de moda", sin estar pintados por Velázquez, ni fotografiados por Horst, pero a cambio, poder aprovecharnos de una fórmula rigurosamente original... Si fuesen vestidos "originales" no haría falta ningún esfuerzo por nuestra parte", ya lo respaldaría el Palacio Real de Madrid, o el *Victoria & Albert Museum* de Londres., que ahora mismo tienen abiertas dos exposiciones de "telas con historia". El problema es que son de papel...., meras sombras...., mero artificio...., mera provocación... (pero ya Warhol y sus latas de tomate Campbell, o sus pruebas desechables de cuatricromía, se nos anticiparon...., por no hablar de Rauschenberg y su paradigmático reciclaje de las más vulgares latas de la calle, de Pistoletto y sus montones de harapos, de las piedras de Richard Serra, de los plásticos de Christo, de las cajas de hojalata de Christian Boltanski, de las chaquetas de franela de Joseph Beuys, de las "muñecas cosidas" de Louise Bourgeois, de los cartones de Llamazares, de las gambas de Barceló, o de los objetos de tocador reciclados de Carmen Calvo).

Tenemos la oportunidad de dignificar el "objeto" sólo con la mirada, tomar el objeto, subversivo por banal, que artísticamente no sirviese nada (cosa que por otra parte tampoco es verdad), y ver como adquiere toda la calidad, porque nosotros se la otorgamos con la mirada... Se trata, como en el cine, incluso como con la fotografía (Walter Benjamin *dixit*), de valorar una emoción sin necesidad de que ésta venga previamente avalada por su valor material, o de mercado... ¿Es intrínsecamente mejor un Rodin de piedra que uno de bronce (porque el segundo es mas "reproducible" que el primero), de madera que de bronce (porque el segundo es mas caro por kilogramo que el primero), de escayola o de papel que de madera (porque los segundos son menos perdurables en el tiempo)? Hay que decir: "no, no y no"... ¿Se imaginan el valor, y no digo sólo material, sino sobre todo intelectual, de encontrar

"milagrosamente" una muñeca de cartón, "milagrosamente" conservada, "milagrosamente" hecha por Fidias, por Praxiteles, por Miguel Ángel, por Rodin, por Giacometti, por Henry Moore?. Su precio, cuando no su prestigio inmediato, la harían en pocas horas una "obra de arte" incuestionable, por el que suspirarían los museos más prestigiosos... Tenemos la oportunidad de gozar, de reflexionar (quizás la única cualidad vigente todavía hoy en el arte moderno), o de espantarnos... (el defecto más rentable del arte moderno), con una emoción sin materia noble, y con una emoción activa sale en el teatro de las sombras, como si se tratase de una película sin copia original... Tenemos la oportunidad de gozar, de reflexionar o de espantarnos con una intensísima emoción sin valor material alguno (mejor dicho, con un valor material obvio y considerable, pero infinitamente interior al intelectual). Reto a que se emocionen. Se trata de mirar la belleza, incluso más allá o más acá de su perfección artesanal (que es más que evidente que la tiene, pero eso es otra historia), pero sobre todo, se trata de pensar..., el único "sentido del arte" también intacto todavía hoy. No voy a enfatizar el valor de la moda, no lo voy a hacer ni como sociólogo, ni como escritor de moda, porque me parece innecesario, después de la mera cita de los textos de Stéphane Mallarmé, Charles Baudelaire, Anatole France, Marcel Proust, Sigmund Freud, Georg Simmel, Flugel, Paul Morand, Ortega y Gasset, Marañón, Max Von Boehm, Rene König, Marguerite Yourcenar, Umberto Eco, Roland Barthes, Pierre Bourdieu, Jean Baudrillard (si me apuran les extiendo la lista hasta cien nombres, llegando hacia atrás a la Biblia y hacia delante a Lipovetsky). Voy a sugerir que la llegada, el momento único en el que un objeto de arte (poco importa aquí y ahora que su especialidad sea la moda) sea visto en un Museo de Arte Contemporáneo sin prejuicios es un reto tan antiguo, como obsoleto debía estar a estas alturas. Ésta es una exposición artística, y por lo tanto, es una exposición social..., "política", y por ello, he querido que la veamos con los "prejuicios positivos" que siempre respaldan a los objetos de arte en los centros de arte, que la veamos sumida en una instalación digna... para poder insistir en que hay que mirar esto, como se mira un Tapies..., o un Bill Viola, o un Chapman, o un Turrel. Nada merece a priori nada, es nuestra mirada quien hace a cualquier cosa merecedora de todo. Quiero explicar por último, que "luz" (la luz en la moda) aparece aquí con tres muy consabidos sentidos, primero el físico, ¿qué mejor pretexto expositivo que ver los objetos bajo una "luz" precisa (la más

precisa posible), precisa hasta llegar a la exquisitez teatral, quiero decir, con la que ilumina el teatro..., pero también bajo la luz precisa, respetuosa, aquella que intenta hacernos ver las cosas como las vieron sus rigurosos coetáneos, (cada sociedad es "víctima" de su luz, de la luz que puede permitirse tecnológicamente). Cada sociedad, podría resumirse, vio lo que pudo, y como lo pudo ver... Hay sociedades de penumbra, de luz tenue, de luz intensa... Finalmente, también en el sentido más intelectual, más "denso", el que permite el juego de palabras hecho con "luz" y con "luces" (siglo de las luces, ciudad de las luces...), con "ilustración", con "*Aufklarung*", con pensamiento autónomo, con emancipación kantiana, leitmotiv todos ellos de la Modernidad..., ese "hilo conductor" (nunca mejor dicho que aquí) que han sido y siguen siendo aún, en mitad de todos los debates sobre la posmodernidad y el "fin de la historia", los fundamentos incuestionables de nuestra única modernidad.

He planteado imaginariamente la instalación de la exposición "La luz de la moda" haciendo una división muy clara entre los trajes que pertenecen al pasado, de matiz más popular, y los trajes que corresponden al siglo veinte, más elitista, aunque solo sea por razón de su especialidad, estrictamente la moda del siglo XX. Para "envolver simbólicamente" esas dos visiones, hemos dividido claramente el espacio disponible en dos áreas, una primera, donde están expuestos los trajes antiguos y un amplio conjunto de los dibujos del artista Roberto Comas, que corresponden a ellos reconstruyendo así una especie de "galerías históricas" ..., por ejemplo los *Uffizi*, ya que en ellas se pueden alinear, en paralelo, unas diez o doce figuras, simulando con los cortes la luz producidos en el espacio por los diferentes focos que iluminan cada maniquí, un efecto de espacio infinito... Para que ese área concreta adquiriera esta "ilusión óptica" hay que reducir, con efecto escenográfico, la luz al máximo, así el misterio que necesitamos para "enfrentarnos a la exposición" está ayudado sólo por la iluminación mínima y directa sobre cada pieza expuesta. Cuando el espectador ha recorrido esas primeras galerías, al llegar al fondo, se encuentra inesperadamente con un gran espacio, en este caso una inmensa "caja", donde impacta una figura muy espectacular en el "centro"... Hay un tercer espacio, donde también acompañado por una serie de dibujos de Roberto Comas, relacionados con las obras exhibidas ahí, se expone el resto de los maniqués, concretamente aquellos que corresponden al siglo

XX. Toda esta distribución está pensada, evidentemente, para que el impacto de las obras de la exposición sea el óptimo.

Como antecedentes de nuestra respetuosa osadía..., mencionaré los propios motivos para la construcción del Instituto de la Indumentaria de Kioto, fundado en 1978, tras la exposición "Ropa creativa (1909-1939)", procedente del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York; la exposición titulada "*Théâtre de la Mode*", que organizada por la *Chambre Syndicale de la Couture Parisienne*, llevó en el año 1945 a nueve ciudades, quince maniqués en miniatura (de sesenta centímetros), vestidos con trajes inspirados en las colecciones de alta costura de aquel año, para promover la moda francesa tras el apogeo de su prestigio durante la Segunda Guerra Mundial; la exposición organizada por la Sociedad Estatal para el Desarrollo del Diseño y la Innovación, titulada "El espejo de la Moda. Moda Española", mostrada en el Centro de Arte Reina Sofía durante el pasado año, donde los geniales Fortuny, Dalí, incluso algún Picasso (ya sólo virtual) abrían un generoso abanico de referencias creativas que cerraba un Miguel Adrover excepcional; finalmente, la exposición "*Spectres: When Fashion Turns Back*", exhibida en el *Victoria & Albert Museum* entre febrero y mayo de este año. La indumentaria, cuando no -con mucha más precisión- la moda, define a quien la lleva..., ya sea un *sari*, un *kimono*, un *burka* o un *traje*, esas son claves esenciales de esas culturas, de esas religiones, de esas clases sociales e incluso de esas personalidades. Hacerse eco de su importancia sociológica, histórica y artística, es lo que nos mueve ahora a correr la cortina y encender la luz, a desvelar el secreto... advirtiéndole que aún así, ésta es más una exposición de "sensibilidad" que de moda, precisamente porque solo la interpretan. porque también aquí, como me sugirió genialmente Manuela Mena, al analizar todos los vestidos pintados en el mundo (del Inocencio X de Velázquez a la Olimpia de Manet), ahí no están los trajes... Ni aquí tampoco, todo esto es solo papel... Como podremos comprobar inmediatamente, un "espejismo" digno de la mejor pintura de todos los tiempos. Roberto Comas, gracias. En nombre de la moda, del arte, de la belleza.